

1

El día siguiente a la muerte de Meg, recibí esta carta:

Lamento comunicarte que me he quitado la vida. Tomé esta decisión hace tiempo, y la tomé yo sola. Sé que te causará un gran dolor, y lo lamento, pero te pido que comprendas que necesitaba poner fin a mi dolor. Esto no tiene nada que ver contigo, sino únicamente conmigo. Tú no tienes la culpa.

Meg

Meg envió por correo electrónico copias de esta carta a sus padres y a mí, y también al Departamento de Policía de Tacoma, junto con otra nota informándoles del motel en el que se alojaba, la habitación en la que se hallaba, el veneno que había ingerido, y cómo debían manipular de forma segura su cadáver. Sobre la almohada de la habitación del motel había otra nota —indicando a la camarera que llamara a la policía y que no tocara su cuerpo—, junto con una propina de cincuenta dólares.

Programó el envío de los correos electrónicos con retardo, para que ella ya hubiera muerto cuando los recibiéramos.

Como es natural, yo no supe nada de eso hasta más tarde. De ahí que cuando leí por primera vez el correo electrónico de Meg en el ordenador de la biblioteca pública de nuestra ciudad, pensé que

era una broma. Una broma pesada. Llamé a Meg, y en vista de que no respondía, llamé a sus padres.

—¿Habéis recibido el correo electrónico de Meg? —les pregunté.

—¿Qué correo electrónico?

2

Hay funerales. Y vigiliias. Y círculos de oración. A veces cuesta distinguir unos de otros. En las vigiliias, sostienes velas, pero a veces también lo haces en los círculos de oración. En los funerales, la gente conversa, pero ¿qué puedes decir?

Era terrible que Meg hubiera muerto. Que se hubiera suicidado. La habría matado yo por someterme a todo esto.

—¿Estás lista, Cody? —me pregunta Tricia.

Es un jueves por la tarde, a última hora, y vamos a asistir a la quinta ceremonia que se celebra este mes. Creo que es una vigilia con velas.

Salgo de mi dormitorio. Mi madre se sube la cremallera del vestido de cóctel negro que se compró en Goodwill, la tienda de beneficencia, después de la muerte de Meg. Se lo ha puesto para asistir al funeral y a los oficios religiosos, pero estoy segura de que cuando esto haya pasado, lo utilizará para ir de fiesta. Está muy atractiva con él. Como a mucha gente en esta ciudad, el luto le sienta bien.

—¿Aún no te has vestido? —me pregunta.

—Mis conjuntos más bonitos están sucios.

—¿Qué conjuntos más bonitos?

—Vale, todos mis conjuntos vagamente fúnebres están sucios.

—Eso nunca te ha importado.

Mi madre y yo nos miramos cabreadas. Cuando cumplí ocho años, Tricia declaró que ya era lo bastante mayor para hacer mi

colada. Odio hacer la colada. Ya puedes imaginarte cómo acaba todo esto.

—No entiendo por qué tenemos que ir a otra ceremonia —digo.

—Porque la gente tiene que elaborar el duelo.

—El queso hay que elaborarlo. Lo que la gente tiene que hacer es buscarse otro drama con el que distraerse.

Nuestra ciudad tiene mil quinientos setenta y cuatro habitantes, según reza el desteñido letrero en la autopista. «Mil quinientos setenta y tres —dijo Meg cuando en otoño pasado se escapó para estudiar en la universidad en Tacoma con una beca—. Mil quinientos setenta y dos cuando te vengas a Seattle y nos instalemos en un apartamento», añadió.

Ahora ha quedado en mil quinientos setenta y tres, y sospecho que se quedará así hasta que muera o nazca otra persona. La mayoría de la gente no se va nunca de aquí. Incluso cuando Tammy Henthoff y Matt Parner abandonaron a sus respectivos cónyuges para fugarse juntos —el notición del que todo el mundo hablaba antes del suicidio de Meg—, se trasladaron a un campin de autocaravanas en las afueras de la ciudad.

—¿Es necesario que yo vaya? —No sé por qué me molesto en preguntarlo. Tricia es mi madre, pero no una autoridad en esa materia. Sé que tengo que ir, y sé por qué. Por Joe y por Sue.

Son los padres de Meg. Es decir, lo eran. Siempre me confundo con los tiempos verbales. ¿Deja uno de ser el padre o la madre de alguien porque esa persona haya muerto? ¿Porque haya muerto apostá?

Joe y Sue están destrozados por el dolor; sus ojeras son tan pronunciadas que no creo que desaparezcan nunca. Y es por ellos que saco mi vestido menos apestoso y me lo pongo. Dispuesta a cantar. Otra vez.

Gracia sublime. Qué Infame Sonido.*

* *Amazing Grace* es un himno cristiano que dice: «Gracia sublime, qué dulce sonido...» (*N. de la T.*)

3

He escrito una docena de panegíricos mentales para Meg, imaginando todas las cosas que podría decir de ella. De cómo nos conocimos durante la primera semana en la guardería, del dibujo que me hizo de nosotras, con los nombres de las dos, y unas palabras que no comprendí porque, a diferencia de ella, aún no sabía leer ni escribir. «Dice “mejores amigas”», me explicó. Y como todas las cosas que Meg deseaba o predecía, resultó ser verdad. Quizás hable de ese dibujo, que todavía conservo. Está en una caja de herramientas metálica en la que guardo todas mis cosas más importantes; está arrugado debido al paso del tiempo y las veces que lo he mirado.

O podría hablar de la habilidad que tenía Meg de saber cosas sobre las personas que ellas mismas desconocían. Sabía el número exacto de veces seguidas que solemos estornudar; al parecer, obedece a un patrón. Yo tres; Scottie y Sue cuatro; Joe dos; Meg cinco. También recordaba lo que llevabas puesto en todas las fotografías que te hacías en cada Halloween. Meg era como el archivo de mi historia. Y su creadora, porque casi todas las fiestas de Halloween las pasaba con ella, por lo general vestida con un disfraz que ella se había inventado.

O podría hablar de su obsesión por las canciones sobre luciérnagas. Empezó en tercero de secundaria, cuando compró un *single*

de vinilo de una banda llamada Heavens to Betsy. Me llevó a su habitación y puso el disco rayado en un viejo tocadiscos que había comprado por un dólar en una subasta organizada por la iglesia, y que había reparado ella misma con ayuda de unos vídeos tutoriales de YouTube. *Nunca sabrás lo que se siente al iluminar el cielo. Nunca sabrás lo que se siente al ser una luciérnaga*, cantaba Corin Tucker con una voz tan potente y vulnerable a la vez que parecía casi sobrenatural.

Después del descubrimiento de Heavens to Betsy, Meg se propuso localizar todas las buenas canciones sobre luciérnagas que se habían compuesto. Como era previsible en ella, a las pocas semanas había reunido una exhaustiva lista. «¿Has visto alguna vez una luciérnaga?», le pregunté mientras confeccionaba su lista de canciones.

Yo sabía que no. Al igual que yo, Meg no había pasado del este de las Montañas Rocosas. «Tengo tiempo», respondió, abriendo los brazos para demostrar cuánta vida había ahí fuera, esperándola.

Joe y Sue me pidieron que pronunciara unas palabras durante el primer oficio religioso, el más importante, que debía celebrarse en la iglesia católica a la que asistían los García desde hacía tiempo, pero no pudo ser, porque el padre Grady, aunque era amigo de la familia, era un hombre que acataba las normas a pies juntillas. Dijo a los García que Meg había cometido un pecado mortal y que su alma no sería admitida en el cielo, ni su cuerpo en un cementerio católico.

Eso es en teoría. La policía tardó bastante tiempo en entregar el cadáver a la familia. Al parecer, el veneno que Meg había ingerido era muy raro, aunque a nadie que la conociera le habría sorprendido ese detalle. Meg no llevaba nunca ropa comprada en unos grandes almacenes, siempre escuchaba a bandas musicales de las que nadie había oído hablar. Como es natural, decidió ingerir un veneno rarísimo.

Por tanto, el ataúd sobre el que todo el mundo lloró durante ese primer e importante funeral estaba vacío, y no hubo un entierro. Oí al tío de Meg, Xavier, comentar a su novia que quizá sería mejor que no hubiera un entierro. Nadie sabía qué escribir en la lápida. «Todo suena como un reproche», dijo.

Yo traté de escribir un panegírico para el funeral. Saqué el disco de canciones sobre luciérnagas que Meg había escuchado hasta la saciedad para inspirarme. El tercer tema era uno de Bishop Allen titulado «Luciérnagas». No sé si yo había escuchado realmente la letra antes, porque cuando lo hice ahora, fue como si Meg me propinara un bofetón desde la tumba: *Dice que todavía puedes perdonarla. Y que ella te perdonará a ti.*

Pero no sé si puedo hacerlo. Y no sé si ella lo hizo.

Dije a Joe y a Sue que lo sentía, pero que no podía pronunciar un panegírico porque no sabía qué decir.

Era la primera vez que les mentía.

La ceremonia de hoy va a celebrarse en el Club Rotario, de modo que no es uno de los oficios religiosos oficiales, aunque al parecer el orador es un reverendo. No sé de dónde han salido todos esos oradores, porque en realidad no conocían a Meg. Después de la ceremonia, Sue me ha invitado a otra recepción en su casa.

Yo pasaba tanto tiempo en casa de Meg que sabía de qué humor estaba Sue según el olor que percibía al entrar. Mantequilla indicaba que había preparado algo en el horno, lo cual significaba que estaba tristona y necesitaba que la animaran. Un olor picante indicaba que estaba contenta y había preparado comida mexicana para Joe, aunque a ella le hacía daño al estómago. Palomitas significaba que estaba acostada en la cama, a oscuras, que no iba a cocinar, y que Meg y Scottie tenían que arreglárselas solos, lo que significaba un bufé de bocaditos calentados en el microondas. En esas ocasiones, Joe bromeaba comentando la suerte que teníamos Meg, Scottie y yo de po-

der darnos un atracón de cosas que nos gustaban mientras él subía a ver cómo estaba Sue. Nosotros le seguíamos el juego, pero por lo general, después de la segunda o tercera salchicha envuelta en masa de pan y calentada al microondas, te entraban ganas de vomitar.

Conozco a los García tan bien que, cuando les llamé la mañana que recibí el correo electrónico de Meg, sabía que, aunque eran las once de un sábado, Sue estaría aún en la cama, pero despierta; decía que nunca había podido seguir durmiendo cuando sus hijos dejaron de despertarla temprano. Y Joe habría preparado café y habría desplegado el periódico matutino en la mesa de la cocina. Scottie estaría mirando dibujos animados en la televisión. Una de las numerosas cosas que me gustaban de la casa de Meg era la regularidad. Tan distinta de la mía, donde Tricia no solía levantarse nunca antes del mediodía, y algunos días la encontrabas en la cocina preparando los tazones de cereales, y otros no la encontrabas en ningún sitio.

Pero ahora se ha impuesto otro tipo de regularidad en casa de los García, mucho menos atrayente. No obstante, cuando Sue me invita a ir, por más que preferiría rechazar su invitación, no lo hago.

El número de coches aparcados frente a la casa es más reducido que los primeros días, cuando toda la ciudad acudió a ofrecer sus condolencias llevando fuentes de Pyrex con comida. Era un poco duro aceptar esos platos que habían preparado los vecinos junto con la frase de rigor, «os acompaño en el sentimiento». Porque por toda la ciudad, los chismorreos proliferaban. «No me ha sorprendido. Esa chica siempre fue un bicho raro», oía yo murmurar a la gente en K Circle. Meg y yo sabíamos que algunas personas decían ese tipo de cosas sobre ella —en nuestra ciudad ella era como una rosa que crece en el desierto: confundía a la gente—, pero con su muerte ese sentimiento dejó de parecer una virtud.

Y no iban sólo a por Meg. En el bar donde trabaja Tricia, oí a un par de cotillas de la ciudad criticando a Sue. «Como madre, yo sabría

si mi hija tenía tendencias suicidas.» Esto dicho por la madre de Carrie Tarkington, que se había acostado con la mitad del colegio. Estuve a punto de preguntar a la señora Tarkington si, ya que lo sabía todo, también estaba enterada de eso. Pero en ese momento su amiga respondió. «¿Sue? ¿Estás de broma? Esa mujer está casi siempre flotando en el espacio», y la crueldad de esas personas fue como una puñalada. «¿Cómo os sentiríais si acabarais de perder a vuestra hija, pedazo de zorras?», les solté. Tricia tuvo que acompañarme a casa.

Después de la ceremonia de hoy mi madre tiene que trabajar, de modo que me deja en casa de los García. Entro sin llamar. Joe y Sue me abrazan con fuerza y durante largo rato, lo cual hace que me sienta incómoda. Sé que mi presencia les procura cierto consuelo, pero cuando Sue me mira me parece oír sus preguntas silenciosas, y sé que todas se reducen a una: *¿Tú lo sabías?*

Yo no sabía qué habría sido peor. Si saberlo y no habérselo dicho a ellos. O la verdad, que es que, aunque Meg era mi mejor amiga y yo le había contado todo lo que se puede contar sobre mí y suponía que ella había hecho lo mismo, no lo sabía. No tenía ni idea.

«Tomé esta decisión hace tiempo», escribió Meg en su nota. ¿Hace tiempo? ¿Cuánto? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? La conocía desde la guardería. Fuimos amigas íntimas, casi hermanas, desde entonces. ¿Cuánto hace que tomó esta decisión sin decírmelo? Y lo que es más importante, ¿por qué no me lo dijo?

Después de permanecer sentados en afligido y educado silencio durante unos diez minutos, Scottie, el hermano de diez años de Meg, se me acerca llevando de la correa a *Samson*, el perro de ambos, que ahora es de él.

—¿Un paseíto? —pregunta, dirigiéndose tanto a mí como a *Samson*.

Yo asiento con la cabeza. Scottie es el único que sigue comportándose como de costumbre, quizá porque es pequeño, aunque no

tanto, y él y Meg estaban muy unidos. Cuando Sue desaparecía sumida en uno de sus melancólicos estados de ánimo y Joe se iba a cuidar de ella, Meg hacía de madre a Scottie.

Estamos a finales de abril, pero nadie ha avisado de ello al tiempo. Sopla un viento recio y frío, con saña. Nos encaminamos hacia el extenso y desierto prado donde todo el mundo lleva a sus perros a hacer caca, y Scottie suelta a *Samson*. El perro sale corriendo, jubiloso, feliz en su ignorancia canina.

—¿Cómo te sientes, Runtmeyer? —pregunto, utilizando el viejo y chusco apodo que le habíamos puesto a Scottie, aunque ya sé cómo se siente. Pero como Meg ya no puede hacerle de madre y Sue y Joe están hundidos en su dolor, alguien tiene que preguntárselo.

—He llegado al nivel seis de Fiend Finder —responde el niño. Se encoge de hombros—. Ahora podré jugar siempre que quiera.

—Un beneficio añadido. —Me tapo la boca con la mano. Mi agrio humor negro no es apto para consumo público.

Pero Scottie emite una áspera carcajada, demasiado cínica para un chaval de su edad.

—Ya. Tienes razón. —Se detiene y observa a *Samson* olfatear los cuartos traseros de un perro pastor escocés.

De camino a casa, el animal empieza a tirar de la correa porque sabe que le van a dar de comer.

—¿Sabes lo que no entiendo? —me pregunta Scottie.

Como supongo que seguimos hablando de videojuegos, no estoy preparada para lo que dice a continuación.

—No entiendo por qué Meg no me envió también esa nota.

—¿Tienes una dirección de correo electrónico? —pregunto.

Como si ésa fuera la razón por la que no se la hubiera enviado.

Scottie pone los ojos en blanco.

—Tengo diez años, no dos. Tengo una desde que estaba en tercero de primaria. Meg me enviaba mensajes todos los días.

—Bueno, seguramente..., seguramente quería ahorrarte el disgusto.

Durante un segundo, los ojos de Scottie parecen tan hundidos y ojerosos como los de sus padres.

—Ya, me ha ahorrado el disgusto.

En casa de los García, los invitados empiezan a marcharse. Veo a Sue tirar una cazuela de atún al cubo de la basura. Me mira con gesto culpable. Cuando voy a despedirme de ella con un abrazo, me detiene.

—¿Puedes quedarte? —me pregunta con ese tono tan quedo que tiene, tan distinto del tono parlanchín de Meg. Ella tenía una voz con la que lograba que los demás hicieran lo que fuera cuando ella quería.

—Pues claro.

Sue me invita a pasar a la sala de estar, donde Joe está en el sofá, con la mirada perdida, sin prestar atención a *Samson*, que está sentado a sus pies implorándole que le dé de comer. Lo miro a la tenue luz vespertina. Meg se parecía a él, con sus oscuros rasgos mexicanos. Parece haber envejecido mil años en un mes.

—Cody —dice. Una palabra. Que basta para hacerme romper a llorar.

—Hola, Joe.

—Sue quiere hablar contigo. Los dos queremos hablar contigo.

El corazón empieza a latirme con furia, porque temo que por fin me pregunten si sabía algo. Tuve que responder a las preguntas de rigor que me hizo la policía cuando ocurrió esto, pero tenían más que ver con cómo había obtenido Meg el veneno, y yo no sabía nada de eso, salvo que, cuando ella quería algo, generalmente hallaba el medio de conseguirlo.

Después de su muerte, busqué en Internet todos los signos de suicidio. Meg no me regaló ninguna de sus pertenencias más valiosas. No hablaba sobre quitarse la vida. Bueno, decía cosas como «Si la señora Dobson nos pone otra prueba escrita por sorpresa, me pego un tiro», pero creo que eso no cuenta.

Sue se sienta junto a Joe en el gastado sofá. Se miran durante medio segundo, pero es como si hacerlo les doliera demasiado. Se vuelven hacia mí. Como si yo fuera Suiza.

—El curso en Cascades termina el mes que viene —me informan.

Asiento. La Universidad de Cascades es una prestigiosa institución de enseñanza privada donde Meg obtuvo una beca. El plan era que las dos nos mudáramos a Seattle después de graduarnos en el instituto. Veníamos hablando de ello desde tercero de secundaria. Las dos estudiaríamos en la Universidad de Washington, compartiendo una habitación en la residencia estudiantil durante los dos primeros años, luego viviríamos fuera del campus hasta finalizar nuestros estudios. Pero Meg había conseguido esta increíble beca completa en Cascades, un plan mucho más atractivo que el que ofrecía la Universidad de Washington. En cuanto a mí, había sido admitida en la UW, pero sin ningún tipo de beca. Tricia había dejado muy claro que no podía ayudarme. «Por fin he logrado saldar todas mis deudas.» De modo que al final yo había desistido de estudiar en la UW y había decidido quedarme en la ciudad. Mi plan era estudiar dos años en un centro universitario donde se imparten cursos de dos años y luego trasladarme a Seattle para estar con Meg.

Joe y Sue guardan silencio. La observo a ella morderse las uñas. Tiene las cutículas destrozadas. Por fin alza la vista.

—En la universidad se han portado muy bien; se han ofrecido para recoger todas las cosas que tenía Meg en su habitación y enviárnoslas, pero no soporto la idea de que un extraño toque sus pertenencias.

—¿Y sus compañeros de residencia?

La Universidad de Cascades es pequeña y dispone de muy pocas residencias estudiantiles. Meg vive —vivía— fuera del campus, en una vivienda que compartía con otros estudiantes.

—Por lo visto, han cerrado su habitación y lo han dejado todo como estaba. El alquiler está pagado hasta el final del trimestre,

pero tenemos que vaciar su habitación y traerlo todo... —La voz de Sue se quiebra.

—A casa —remata Joe.

Tardo un segundo en comprender lo que quieren, lo que me están pidiendo. Al principio me siento aliviada porque significa que no tengo que confesar que ignoraba lo que Meg se proponía hacer. Que la vez en su vida que más me necesitaba, yo le había fallado. Pero de pronto el peso de lo que me piden patina y aterriza sobre mi estómago. Lo que no significa que no lo vaya a hacer. Lo haré. Por supuesto que lo haré.

—¿Queréis que vaya a recoger sus cosas? —pregunto.

Ellos asienten. Yo también. Es lo menos que puedo hacer.

—Cuando terminen tus clases, desde luego —dice Sue.

Oficialmente, mis clases terminan el mes que viene. Extraoficialmente, terminaron el día que recibí el correo electrónico de Meg. Desde entonces no he hecho más que recolectar suspensos.

—Y si puedes ausentarte unos días del trabajo —apostilla Joe.

Lo dice con tono respetuoso, como si yo tuviera un empleo importante. Limpio casas. Las personas para las que trabajo, como todo el mundo en esta ciudad, saben lo de Meg y han sido muy amables, diciéndome que me tome todo el tiempo que necesite. Pero lo que necesito no son horas libres para pensar en lo que ha hecho Meg.

—Puedo ir en cualquier momento —respondo—. Mañana, si queréis.

—Meg no tenía muchas cosas. Puedes llevarte el coche —dice Joe.

Los García solo tienen un coche, y planean sus jornadas como una expedición de la NASA para que Sue pueda dejar a Joe en su trabajo y llevar a Scottie al colegio e ir ella a su trabajo y luego recogerlos a todos al final del día. Los fines de semana es más de lo mismo: hacer la compra en el supermercado y todos los recados que no tienen tiempo de hacer durante la semana. Yo no tengo coche. A veces, muy de vez en cuando, Tricia me deja el suyo.

—Puedo ir en autobús. Meg no tiene tantas cosas. No tenía.
Parecen aliviados.

—Te pagaremos los billetes de ida y vuelta. Cualquier caja que no puedas traer tú puedes enviarla por UPS —dice Joe.

—Y no tienes que traer todas sus cosas. —Sue hace una pausa—. Sólo las más importantes.

Asiento. Me miran con tal expresión de gratitud que desvío la vista. El viaje no es nada: un recado de tres días. Un día para llegar allí, un día para recoger las cosas y otro para regresar a casa. Es el tipo de favor que Meg se habría brindado a hacer sin que tuvieran que pedírselo.

4

De vez en cuando, yo leía un artículo esperanzador acerca de que en Tacoma se habían renovado y reconstruido tantos barrios, propiciando la afluencia de gente de clase media y adinerada, que la ciudad empezaba a rivalizar con Seattle. Pero cuando mi autocar llega al centro de la ciudad, que está desierto, todo tiene un aspecto descorazonador, como si se esforzara inútilmente en alcanzar su propósito de renovación. Como algunas amigas del bar donde trabaja Tricia, mujeres cincuentonas vestidas con minifalda y plataformas y con exceso de maquillaje que no engañan a nadie. Los hombres en nuestra ciudad las describen como vejstorios emperifollados.

Cuando Meg se marchó, le prometí que iría a visitarla una vez al mes, pero sólo fui en una ocasión, el octubre pasado. Había comprado un billete para Tacoma, pero cuando el autocar llegó a Seattle, ella me esperaba en la terminal. Había planeado que pasáramos el día en Capitol Hill, cenáramos en algún antro en Chinatown y luego fuéramos a ver tocar a una banda en Belltown: todas las cosas que habíamos dicho que haríamos cuando nos instaláramos aquí en un apartamento. Se mostraba tan entusiasmada con el plan que yo no sabía si me lo vendía como algo extraordinario o como un premio de consolación.

En cualquier caso, fue un desastre. Hacía un tiempo lluvioso y frío, mientras que en casa había hecho un día soleado y frío. Otra

razón para no trasladarme a Seattle, me dije. Y ninguno de los lugares que visitamos —las tiendas de prendas *vintage*, las de cómics y las cafeterías— eran tan molones como yo había imaginado. Al menos, es lo que le dije a Meg.

«Lo siento», dijo ella. No con tono sarcástico, sino sinceramente, como si los defectos de Seattle fueran culpa suya.

Pero era mentira. Seattle era genial. Incluso pese al mal tiempo, me habría encantado vivir allí. Pero estoy segura de que me habría encantado vivir en Nueva York o en Tahití o en un millón de lugares que no había visitado nunca.

Esa noche Meg quería llevarme a ver tocar a una banda, unos tipos que conocía, pero le dije que estaba muy cansada y no me apetecía. Regresamos a su casa en Tacoma. Yo había pensado en quedarme buena parte del día siguiente, pero le dije que me dolía la garganta y a primera hora de la mañana tomé un autocar de regreso a casa.

Me invitó a que regresara, pero yo siempre tenía algún motivo que me lo impedía: estaba muy ocupada, el billete del autocar no era barato. Ambas cosas eran ciertas, aunque no fueran la verdad.

Tengo que tomar dos autobuses para trasladarme del centro de la ciudad al pequeño y arbolado campus de Cascades, situado frente al puerto. Joe me había dicho que fuera a la administración para que me dieran unos papeles y una llave. Aunque Meg había vivido fuera del campus, la universidad gestiona todas las residencias de estudiantes. Cuando les explico quién soy, comprenden de inmediato por qué he venido, porque me miran con una expresión que odio, una expresión que conozco bien: con calculada empatía.

—Lamento tu pérdida —me dice la mujer. Es gorda y lleva un vestido drapeado que sólo consigue hacer que parezca más corpulenta—. Hemos organizado unos grupos de apoyo semanales para las personas a quienes ha afectado la muerte de Megan. Si quieres

participar en una de esas reuniones con nosotros, dentro de poco celebraremos otra.

¿Megan? Sólo sus abuelos la llamaban así.

La mujer me entrega un folleto a todo color con una foto enorme y risueña de una Meg que no reconozco. En la portada dice *Life-line* con unos corazoncitos sobre las íes.

—El lunes por la tarde.

—Me temo que ya me habré marchado.

—Lástima. —La mujer hace una pausa—. Esas reuniones han sido muy catárticas para la comunidad del campus. La gente se ha llevado una impresión tremenda.

«Impresión» no es la palabra adecuada. «Impresión» es lo que me llevé yo cuando por fin conseguí que Tricia me revelara quién era mi padre y averigüé que hasta que tuve nueve años había vivido a menos de treinta kilómetros de nosotras. Lo que ha ocurrido con Meg es algo muy distinto; es como despertarte una mañana y comprobar que ahora vives en Marte.

—Sólo pasaré una noche aquí —informo a la mujer.

—Lástima —repite.

—Sí, lástima.

La mujer me entrega unas llaves, me indica cómo llegar a la casa y dice que llame si necesito algo. Yo me largo apresuradamente antes de que me dé su tarjeta. O peor aún, un abrazo.

Al llegar a la casa donde se alojaba Meg, nadie abre cuando llamo, de modo que entro utilizando la llave. Dentro huele a cerveza y a pizza, y a una pipa de agua y a otra cosa: al olor a amoníaco de un arenero para gatos sucio. Oigo el sonido de unas bandas de jazz, Phish o Widespread Panic, el tipo de música *hippy* mala que haría que Meg quisiera pegarse un tiro. Entonces me detengo, recordando que, en efecto, se ha matado.

—¿Quién eres? — Una chica alta y ridículamente bonita aparece delante del mí. Va con una camiseta teñida de varios colores con el signo de la paz, y me mira con gesto displicente.

—Me llamo Cody Reynolds. He venido por Meg. Para recoger sus cosas.

La chica se tensa. Como si Meg, la sola mención de su nombre, el hecho de que existiera, le hubiera amargado la vida. Odio a esa chica. Y cuando me dice que se llama Tree, lamento que Meg no esté presente para poder mirarnos con esa expresión imperceptible que habíamos perfeccionado con los años para mostrar nuestro mutuo desprecio. ¿Tree?

—¿Eres una de sus compañeras de residencia? —pregunto.

Al poco de llegar aquí, Meg me enviaba largos correos electrónicos sobre sus clases, sus profesores, su trabajo a tiempo parcial y, en algunos casos, dibujos desternillantes de sus compañeros de residencia, dibujos a carbón que había escaneado para mí. Ese tipo de cosas me encantaban, me divertía su arrogancia, porque siempre había sido así. Meg y Yo. Contra el Mundo. En casa nos llamaban la Vaina. Pero al leer sus correos, tuve la sensación de que se afanaba en realzar los defectos de sus compañeros de residencia para que yo me sintiera mejor, lo cual sólo conseguía hacer que me sintiera peor. En cualquier caso, no recordaba a Tree.

—Soy amiga de Rich —responde Tree, esa *hippy* borde. Aah, Richard el Drogata, como lo llamaba Meg. Lo conocí la otra vez que estuve aquí.

—Bueno, empezaré a recoger sus cosas —digo.

—Muy bien —contesta Tree. Su abierta hostilidad contrasta con la amabilidad y consideración con que me ha tratado todo el mundo durante el último mes.

Casi espero ver frente a la puerta de Meg uno de los improvisados altares que han creado en toda la ciudad: cada vez que veo uno, siento deseos de arrancar las cabezas de las flores o derribar las velas.

Pero eso no es lo que encuentro. En la puerta han pegado la carátula de un álbum: *Feel the Darkness*, de Poison Idea. La imagen de un tipo sosteniendo un revólver contra su sien. ¿Esta es la idea que tienen los compañeros de residencia de Meg de honrar su muerte?

Respiro hondo, meto la llave en la cerradura y giro el pomo. Dentro, tampoco es como esperaba. Meg era decididamente desordenada, el dormitorio de su casa estaba lleno de montones de libros y cedés, dibujos, proyectos de bricolaje sin terminar: una lámpara que trataba de reparar, una película en Super 8 que quería montar. Sue me había dicho que sus compañeras de residencia se habían limitado a cerrar la puerta de la habitación con llave, dejándolo todo tal como estaba, pero da la impresión de que alguien ha estado aquí. La cama está hecha. Y gran parte de sus prendas están pulcramente dobladas. Debajo de la cama hay unas cajas de diversos tamaños.

Calculo que, como mucho, tardaré dos horas en recogerlo todo. De haberlo sabido, habría venido en el coche de los García y habría regresado el mismo día.

Sue y Joe me habían ofrecido dinero para que alquilara una habitación en un motel, pero yo no lo había aceptado. Sé que les queda poco, que habían invertido cada centavo que tenían en la educación de Meg, que, pese a ser una beca completa, comportaba numerosos gastos. Y su muerte ha supuesto otro gasto. Les dije que dormiría aquí. Pero ahora que estoy en su habitación, no puedo evitar recordar la última vez —la única vez— que dormí aquí.

Meg y yo hemos compartido camas, literas y sacos de dormir sin ningún problema desde que éramos pequeñas. Pero la noche de mi visita, yo había permanecido despierta, acostada en la cama junto a ella, que dormía a pierna suelta. Roncaba un poco y yo le daba de vez en cuando una patadita, como si fueran sus ronquidos los que me impedían pegar ojo. Cuando nos levantamos el domingo por la mañana, algo mezquino y duro había arraigado en mi vientre, y tenía ganas de pelearme con alguien. Pero lo último que quería era pelearme con Meg. No me había hecho nada. Era mi mejor amiga. De modo que me había marchado temprano. Y no porque me doliera la garganta.

Cuando bajo de nuevo, la música ha cambiado, pasando de Phish a algo más roquero. Creo que son los Black Keys. Lo cual es

mejor, aunque un giro imprevisto. Hay un grupo de personas sentadas en un sofá de terciopelo color púrpura, compartiendo una pizza y un *pack* de doce latas de cervezas. Tree está con ellos, así que paso de largo, ignorándolos, ignorando el olor a pizza que hace que mi estómago proteste porque no he comido nada, salvo un trozo de un bollo Little Debbie en el autocar.

Fuera, se está nublando. Camino un trecho hasta llegar a una zona donde hay restaurantes. Me siento en uno y pido un café, y cuando la camarera me mira con cara de pocos amigos, pido un plato de dos dólares y noventa y nueve centavos suponiendo que eso me da derecho a pasar aquí la noche.

Después de unas cuantas horas y de rellenarme la taza de café cuatro o cinco veces, la camarera me deja en paz. Saco mi libro, lamentando no haber traído un *thriller* que me atrape. Pero la señora Banks, la bibliotecaria de la ciudad, se ha empeñado en que lea a autores centroeuropeos. Son fases por las que pasa. Viene haciéndolo desde que yo tenía doce años y me vio leyendo una novela de Jackie Collins en el bar donde trabaja Tricia, en el que a veces, mientras ella cumplía su jornada, yo tenía que pasar un rato hasta que nos íbamos a casa. La señora Banks me preguntó qué otros libros me gustaba leer, y yo le dije algunos títulos, principalmente libros de bolsillo que Tricia traía a casa de la sala de descanso para los empleados del bar. «Ya veo que eres aficionada a la lectura», dijo la señora Banks, y me invitó a pasarme por la biblioteca la semana siguiente. Cuando lo hice, me inscribió como socia y me prestó unos ejemplares de *Jane Eyre* y *Orgullo y prejuicio*. «Cuando termines de leerlos, dime si te han gustado y te daré otros libros.»

Los leí en tres días. El que más de gustó fue *Jane Eyre*, aunque el señor Rochester me cayó fatal y lamenté que no hubiera muerto en el incendio. La señora Banks sonrió cuando se lo comenté, tras lo cual me entregó *Persuasión* y *Cumbres borrascosas*. Los devoré en pocos días. A partir de entonces, me pasaba por la biblioteca al menos una

vez a la semana para recoger los libros que me tenía preparados la señora Banks. Me parecía sorprendente que nuestra pequeña biblioteca tuviera un surtido de libros tan extenso, y no fue hasta años más tarde que averigüé que la señora Banks encargaba los libros que creía que me gustarían mediante el préstamo entre bibliotecas.

Pero esta noche el contemplativo Milan Kundera que me ha dado me produce somnolencia. Cada vez que se me cierran los ojos, la camarera, como si tuviera un radar, se acerca para rellenarme la taza de café, aunque no la he tocado desde la última vez que la rellenó.

Resisto hasta aproximadamente las cinco de la mañana, luego pago la cuenta y dejo una generosa propina, porque no estoy segura de si la camarera ha sido grosera conmigo al no dejarme dormir o lo ha hecho para que no me echaran del local. Me paseo por el campus hasta que la biblioteca abre a las siete, y luego me siento en un rincón apartado y echo un sueñecito durante unas horas.

Cuando regreso a la casa de Meg, veo a un tipo y a una chica tomando café en el porche.

—Hola —dice el chico—. Eres Cody, ¿verdad?

—Sí.

—Richard —dice él.

—Ya. Nos conocimos cuando estuve aquí —respondo. Él no parece acordarse. Probablemente iba colocado.

—Yo soy Alice —dice la chica. Recuerdo que Meg mencionó a una nueva compañera de residencia que había llegado para el trimestre de invierno, ocupando el lugar de otra joven que se había marchado al cabo de un semestre.

—¿Dónde has dormido? —pregunta él.

—En un motel —miento.

—¿En el Starline? —dice Alice, alarmada.

—¿Qué? —Tardo un segundo en comprender que el Starline es *el* motel. El motel de Meg—. No, en otro tugurio.

—¿Te apetece un café? —pregunta ella.

Anoche bebí tanto café que me ha producido acidez, y aunque estoy grogui y agotada, no me veo capaz de beber más. Niego con la cabeza.

—¿Quieres echar una pipa? —me pregunta Richard el Drogata.

—¡Richard! —Alice le da un golpe en el brazo—. Tiene que recoger las cosas de Meg. No creo que quiera estar colocada.

—Yo diría que le conviene estarlo —replica él.

—No, de veras —digo. Pero el sol ha conseguido salir a través de la bruma de nubes y hace que todo esté tan resplandeciente que me siento mareada.

—Siéntate. Come algo —dice Alice—. Estoy aprendiendo a elaborar pan, y tengo una barra recién hecha.

—Es menos parecido a un ladrillo que de costumbre —apunta Richard.

—Está muy bueno. —Alice se detiene—. Si le untas mucha mantequilla y miel.

No me apetece pan. No quería conocer a esas personas en el pasado, y ahora tampoco. Pero antes de que pueda reaccionar, la chica desaparece y regresa con el pan. Es denso y cuesta masticarlo, pero Alice tiene razón, con mantequilla y miel resulta pasable.

Cuando me termino la rebanada, sacudo las migas que me han caído en el regazo.

—Bueno, más vale que me ponga manos a la obra —digo, dirigiéndome hacia la puerta—. Aunque alguien ha hecho el trabajo más duro. ¿Sabéis quién recogió algunas de las cosas de Meg?

Richard el Drogata y Alice se miran.

—Así fue como ella dejó la habitación —responde ella—. Lo recogió todo ella misma.

—Se ocupó de cada puñetero detalle hasta su trágico fin —añade él. Me mira y tuerce el gesto—. Lo siento.

—No lo sientas. Me ha ahorrado trabajo —digo. Mi voz suena despreocupada, como si eso me quitara un peso de encima.

Tardo unas tres horas en recoger el resto de sus cosas. Elimino unas camisetas y prendas interiores con agujeros porque ¿para qué van a necesitarlas los García? Tiro a la papelera las revistas de música que tenía apiladas en un rincón. No sé qué hacer con las sábanas de la cama porque aún huelen a ella, y no sé si su olor tendrá en Sue el mismo efecto que me produce a mí, que hace que recuerde a Meg de una forma intensamente visceral: las noches que iba a dormir a su casa, los bailes a los que asistíamos y las charlas que manteníamos hasta las tres de la mañana, que hacían que al día siguiente nos sintiéramos como unos zorros porque apenas habíamos pegado ojo, pero al mismo tiempo nos sentíamos bien porque esas charlas eran como transfusiones de sangre, momentos de realidad y esperanza que constituían unas motas de luz en el oscuro tejido de una ciudad provinciana.

Me siento tentada a aspirar el olor de esas sábanas. Si lo hago, quizá baste para borrarlo todo. Pero sólo puedo contener el aliento durante unos pocos minutos. Al fin tendré que expelerlo, expelerla a ella, y entonces me sentiré como esas mañanas, cuando me despierto, olvidando antes de recordar.

Las oficinas de UPS están en el centro, así que tendré que tomar un taxi, cargar con los bultos, enviarlos, regresar a por las bolsas de viaje y tomar el último autocar, que sale a las siete. Cuando bajo, encuentro a Alice y a Richard el Drogata donde los dejé. No tengo muy claro si los estudiantes de esta universidad supuestamente prestigiosa estudian en algún momento del día.

—Ya he terminado —les digo—. Sólo tengo que cerrar las cajas y me marcho.

—Te traeremos los gatos antes de que te vayas —dice Richard el Drogata.

—¿Los gatos?

—Los dos gatos de Meg —me aclara Alice. Me mira ladeando la cabeza—. ¿No te hablé de ellos?

Me niego a demostrar sorpresa. O disgusto.

—No sabía nada de unos gatos —respondo.

—Encontré a esos gatitos callejeros hace un par de meses. Estaban desnutridos y enfermos.

—Les salía un asqueroso pus de los ojos —añade Richard el Drogata.

—Sí, tenían una infección ocular. Entre otras cosas. Meg los adoptó. Se gastó un dineral en los tratamientos en la clínica veterinaria, y cuidó de ellos hasta que se pusieron bien. Adoraba a esos gatitos. —Alice meneaba la cabeza—. Eso fue lo que más me sorprendió. Que hiciera todo lo que hizo por esos gatitos y luego...

—Ya, bueno, Meg era imprevisible —digo. La amargura es tan intensa que estoy convencida de que deben olerla en mi aliento—. Los gatos no son asunto mío.

—Pero alguien tiene que cuidarlos —dice Alice—. Nosotros nos hemos ocupado de ellos hasta ahora, pero no podemos tener mascotas en la casa y en verano nos iremos todos de vacaciones y no podemos llevárnoslos.

Yo me encojo de hombros.

—Ya se os ocurrirá algo.

—¿Has visto a los gatitos? —Alice se dirige a un lado de la habitación y empieza a hacer unos ruiditos como besos, y al cabo de unos momentos entran en la sala de estar dos bolitas peludas—. Éste es *Pete* —dice, señalando a un gato gris con una mancha negra en el hocico—. Y el otro es *Repeat*.*

Pete y Repeat salieron en un bote. Pete se cayó al agua. ¿Quién se salvó? Xavier, el tío de Meg, nos contó este chiste, y nosotras nos atormentábamos la una a la otra repitiéndolo hasta la saciedad. *Repeat. Repeat. Repeat.*

Alice deposita uno de los gatitos en mis brazos, donde empieza a agitar de inmediato las patitas y a hacer lo que suelen hacer los gatos

* *Repeat*: repite. (N. de la T.)

cuando quieren leche. Al fin se rinde y se queda dormido, una bolita contra mi pecho. Siento un cosquilleo en mi interior, un eco de otra época cuando no todo estaba helado ahí dentro.

El gato empieza a ronronear, y estoy perdida.

—¿No hay alguna protectora de animales aquí?

—Sí, pero tienen a docenas de gatos acogidos, y sólo los retienen tres días antes de... —Alice se pasa un dedo por el cuello.

Pete, o quizá sea *Repeat*, sigue ronroneando en mis brazos. No puedo llevármelos a casa. A Tricia le daría un ataque. No permitiría que entraran en casa, y los gatitos serían devorados por coyotes o se morirían de frío al cabo de poco tiempo. Podría preguntar a Joe y a Sue si quieren adoptarlos, pero he visto la forma en que *Samson* persigue a los gatos.

—En Seattle hay algunas protectoras de animales donde no los sacrifican —dice Richard el Drogata—. Leí un artículo sobre ellos del Animal Liberation Front.

Yo suspiro.

—De acuerdo. Cuando me vaya, pasaré por Seattle y dejaré allí a los gatos.

Richard el Drogata se echa a reír.

—No es como ir a la tintorería. No puedes dejarlos allí sin más. Tienes que concertar una cita para solicitar que los acojan.

—¿Cuándo has llevado tú algo a la tintorería? —le pregunta Alice.

Pete/Repeat maúlla en mis brazos. Alice me mira.

—¿Cuánto dura el trayecto de regreso a tu casa en autocar?

—Siete horas, aparte del rato que tarde en llevar las cajas a las oficinas de UPS.

Alice me mira y luego a Richard el Drogata.

—Son las tres. Quizá deberías ir a Seattle y dejar los gatos en una protectora, y partir mañana a primera hora.

—¿No podrías llevar tú los gatos a la protectora? —pregunto—. Pareces estar muy informada sobre el tema.

—Tengo que preparar un trabajo sobre Estudios de Mujeres.

—Puedes ir cuando termines.

Alice duda un segundo.

—No. Esos gatos eran de Meg. No me parece bien dejarlos en una protectora.

—Ah, de modo que me dejas el trabajo sucio a mí. —Percibo la ira en mi voz, y sé que no es Alice quien me ha dejado el trabajo sucio, pero cuando la veo achantarse, siento una satisfacción perversa.

—Vale, te llevaré en mi coche a Seattle —tercia Richard—. Dejaremos a los felinos en la protectora, luego puedes pasar la noche aquí y partir mañana a primera hora. —Parece tener tantas ganas de deshacerse de mí como yo de deshacerme de él. Al menos, es mutuo.